

La Ilustración Artística

AÑO XXXII

← BARCELONA 10 DE MARZO DE 1913 →

NÚM. 1.628

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



HACIENDO ENCAJES, cuadro de Manuel Cusi

SUMARIO

Texto. - *Almas chiquitas*, por Salvador Farina. - *El llanto de Alfredo*, por José Pérez Hervás. - *La Exposición Pinelo en Buenos Aires*. - *París. La Mi-Careme*. - *Valencia. Reparto de socorros*. - *La ocupación de Tetuán por las tropas españolas*. - *Taller de escultura de La Plata*. - *Monumento a Nicolás Filotesio*. - *Las sufragistas norteamericanas*. - *Los terrores del radio* (novela ilustrada; continuación). - *La catástrofe del Musel*. - *El Sr. Dato en Barcelona*. - **Libros.**
Grabados. - *Haciendo encajes*, cuadro de Manuel Cusi. - *Estudio*, por Luisa Vidal. - Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *El llanto de Alfredo*. - *Raquel Meller*, retrato pintado por C. Vázquez. - *La favorita del Sultán*, cuadro de J. Tapiró. - *Sonata*, cuadro de M. Lucena. - *Caridad es belleza*, cuadro de J. Villegas. - *París. La Mi-Careme*. - *Valencia. Reparto de socorros*. - *La ocupación de Tetuán*. - *Sierzos en el trabajo*, cuadro de L. P. Pouzargues. - *La vuelta del trabajo*, cuadro de Mongrell. - *Taller de escultura*. - *Monumento a Nicolás Filotesio*. - *Rosalía Jones*. - *La catástrofe del Musel*. - *El Sr. Dato en Barcelona*. - *Orillas del Cenil*, cuadro de José Pinelo Llull.

ALMAS CHIQUITAS (1)

Confieso que estoy verdaderamente desconcertado. Cuando se pensó en negar el alma a los demás animales, casi me sentí más ofendido por cierta filosofía positiva que nos la niega a todos, a los hombres y a las bestias. En la negación común, en la que se eleva mal a la razón y se humilla mal al instinto, no se puede casi decir dónde acaba el hombre y dónde el animal empieza.

Pues bien, un nuevo filósofo del Norte me asegura que los animales no piensan. Dios sabe por qué pavorosos meandros cerebrales habrá llegado hasta la conciencia de este individuo la idea de formular esta ley. A ese razonador tan garrafal podría contestársele: «Es mucha verdad; los animales no piensan; pero esos hombres que se las echan más de pensadores, ¿están seguros de no haber sido y continuar siendo bestias?» No seré yo, sin embargo, quien así conteste, porque sé perfectamente que las invectivas lanzadas contra alguien no llegan a su destino; más bien me humillo para dejar pasar el despropósito que no me daña, y más bien escucho palabras buenas que no llego a comprender e interrogo benigno acciones modestas que me hacen pensar.

Hasta hace pocos meses, vivían en Lugano, encerrados en una jaula, dos canarios, macho y hembra. En la amplia jaula había sitio para muchas nupcias, pero aquellos dos pájaros se divertían y se amaban poco; casi no se miraban. Alguno de nosotros pensó que la canaria era tal vez demasiado vieja, o que el canario era demasiado novato.

El caso es que el tálamo permaneció infecundo.

Pero he aquí que después de algunos años de vida común, la canaria, encontrando abierta la puertecita, se arriesgó a salir de la jaula, emprendió un vuelo audaz hasta un álamo vecino y de allí no se movió por más que la invitáramos a que volviese al lado de su compañero. Hay que consignar que las invitaciones no partieron del canario abandonado.

La suerte de la canaria no daba lugar a duda; cuando llegase la noche, no escaparía a las garras de un gato vagabundo.

Mientras hubo luz del día, veíamos en lo alto del álamo a la canaria silenciosa; cuando vino el crepúsculo, aun se distinguía algo de la mancha amarilla de su cuerpecito inmóvil. A la mañana siguiente ya no se la vió.

Tentados estábamos de afligirnos pensando en la aflicción del compañero desaparecido; pero éste, con su actitud, nos demostró lo contrario. Estuvo tan avisado el día siguiente y en los sucesivos, mostróse tan alegre al soltar sus trinos de tenor satisfecho, que me dejó convencido de que la soledad era para él mejor que la libertad ansiada y significaba el dominio absoluto de su casa, la independencia, el término de todos los rencores que habían quedado secretos. Era evidente que aquellos dos animales nunca se habían querido; se habían soportado apenas y soportado mal.

Transcurrió un mes de alegría para el canario macho, a quien yo había bautizado con el nombre de Mario, en recuerdo de un famoso compatriota mío, tenor de grandes condiciones como él mismo. Las voladas y los largos trinos, las notas picadas de aquellos tranquilos tiempos, no fueron nunca superados ni igualados siquiera en el mundo canoro y alado.

Un día, sin embargo, se nos presentó ocasión de dar a Mario una compañera que aportaría alegrías nuevas a la jaula de aquel solitario. La canaria procedía de la casa de un carbonero y en sus alitas veíase todavía algo del polvillo del carbón; tenía una colita corta y no era verdaderamente el ideal para un canario amante del otro sexo, pero a todos nosotros nos pareció que, dada su prolongada soledad, Mario no se mostraría difícil.

(1) Escrito expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Pero no fué así. Apenas cerrada la puertecita por donde había entrado la nueva inquilina, Mario se mostró asustadísimo y agarróse a los alambres de la jaula haciendo esfuerzos inútiles para pasar al través de ellos. Y sucedió de pronto que la casa bella, la

Ved, si no. Cuando se ponía el gabancito de invierno, un gabancito de paño de color de avellana, y llevaba un collar reluciente, pesaba todo junto, dos kilogramos y seiscientos gramos. No es, pues, una niña recién nacida, que pesaría bastante más; además, Gip vino al mundo hace más de tres años y está en vías de cumplir los cuatro. Por otra parte, Gip no es una perrita que merezca ser una niña; pero confieso que es una perrita adorable, de casta *terriere*, purísima, toda ella sin mancha alguna, cola, orejas y el resto del cuerpo. Gip dejará este mundo tal como al mundo vino, y lo dejará lo más tarde posible si valen los deseos de los que la amamos; que somos muchos... demasiados.

Gip, hasta hace pocos meses, no hablaba todavía; era muda. Ahora ha encontrado sus palabritas graciosas y las va diciendo, sin cólera a cuantos entran en nuestra casa sin haberse dado a conocer. Las dice más que a nadie al cartero, por haber visto que lo que me trae me deja poco tranquilo y que después del correo más inocente lo menos malo que puede suceder es que yo me engolfe en la lectura del diario y la deje a ella dormir.

Pero si me muevo, si salgo de la habitación, Gip abre en seguida los ojuelos y me pisa los talones, con la esperanza de que yo vaya a echarme en la cama, en donde ella intentará tumbarse a mi lado. Y lo conseguirá. ¡Son tantas las zalamerías de Gip!

A veces Gip está tendida tomando el sol de julio que la besa por entero y que, sin embargo, no la calienta tanto como ella quisiera, porque hay que advertir que la perrita es una almita de invernadero; pero si yo me alejo, deja el sol para seguirme a la sombra que la hace tiritar de frío.

Ahora bien, ese afecto de un animalito que sacrifica su comodidad para estar cerca de mí, ¿qué cosa será si no es un pensamiento? Yo puedo hasta cierto punto explicar-me, sin perderme en investigaciones del cerebro y deteniéndome sólo en el cerebelo, cómo nacen los amores de los hombres; más las simpatías de seres de distinta raza, ¿de qué proceden, señores filósofos? De los nervios, intentaréis contestarme, de los fluidos... o del instinto. Sí, quizás de los nervios, de los fluidos acaso; pero del instinto no.

Ese instinto vuestro era una de esas palabras vacías que nunca han significado nada y la habéis incluido en el vocabulario que todo lo admite. Vuestro instinto sirve tal vez para expresar lo inexpresable, para indicar embriones de ideas dándoles la apariencia de ideas formadas, grandes y seguras; pero en el fondo no sirve para otra cosa que para engañarnos mutuamente. Gip os lo demostrará en el acto.

Un deseo modesto, pero vivísimo, de Gip es acostarse de noche a mis pies hecha un ovillo, para defenderme o acaso para ser defendida; pero a mí esto no me gusta, porque tengo miedo de que moviéndome, durante el sueño, pueda hacerle daño.

No he podido hasta ahora convencerla y cuando se me ocurre hacerle más caricias que de ordinario, Gip se figura que aquella noche es la noche para ella buena, afortunada. Entonces se va a mi cuarto y se esconde perfectamente; y cuando yo la descubro de pronto debajo de la cama o en un rincón, encogida y temblorosa, no tengo corazón para mandarla a su lecho. Por consiguiente, el pensamiento de Gip me ha vencido.

Porque, decidme vosotros, filósofos altísimos, ¿qué otra cosa es el afecto puro, qué otra cosa es el verdadero amor sino la idea transformada en sentimiento?

SALVADOR FARINA.



Estudio, dibujo a la sanguina por Luisa Vidal. (Barcelona. Salón París.)

casa sonora de cantos, la casa inundada por todos lados de luz, volvía a ser la cárcel de antes.

Aunque sólo para Mario, pues la canaria sin preocuparse poco ni mucho con el recibimiento hostil que se le dispensaba, en seguida se hizo dueña del lugar, que le pareció bastante mejor que aquel de donde venía; probó el alpiste, que encontró sabroso; picoteó el terroncito de azúcar tirándolo al aire alegremente, y para darse todos los gustos, tomó un baño en la tacita en donde Mario sólo acostumbraba beber. En una palabra, se encontró en su propia casa y lo demostró de todas las maneras posibles.

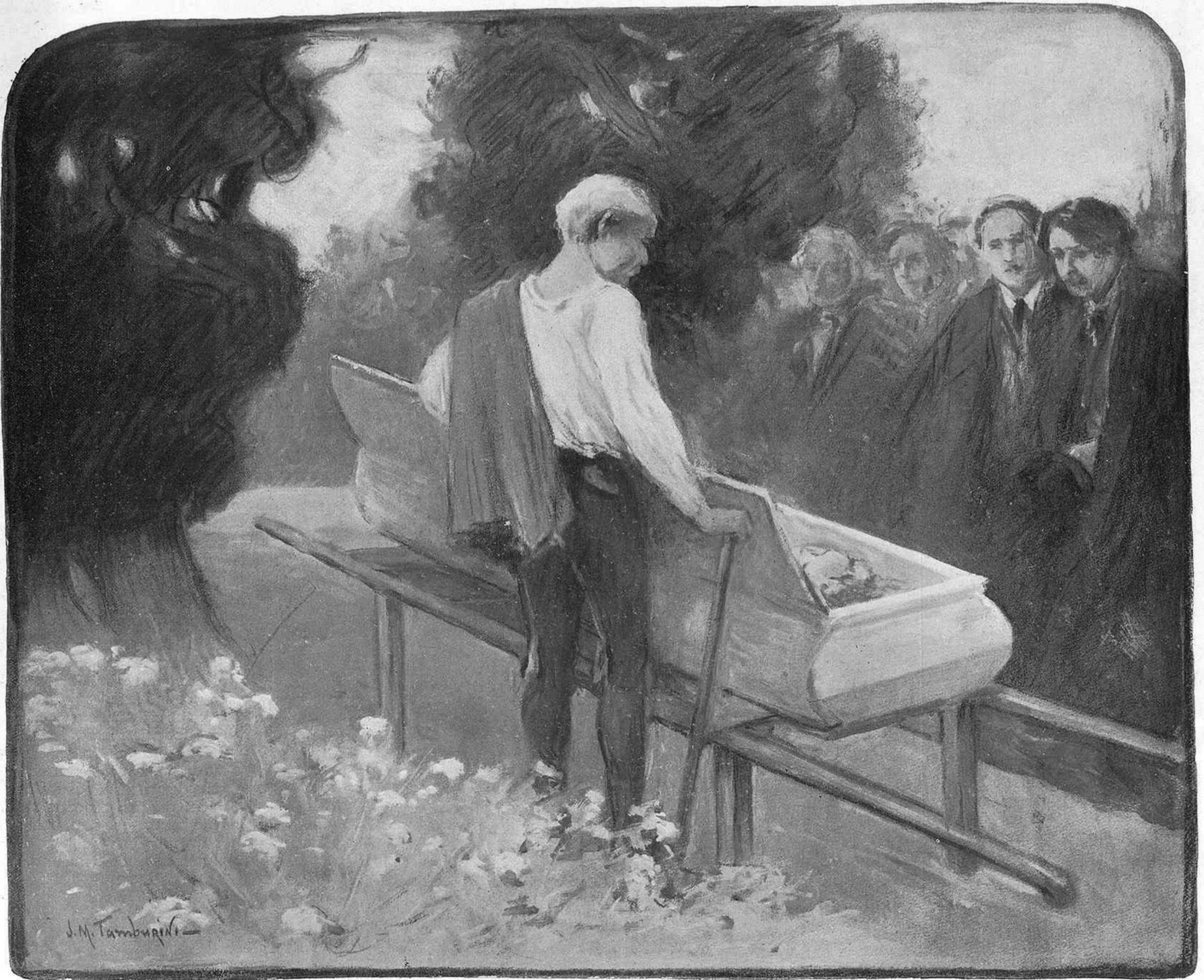
Después del primer día de rencor mudo, vinieron días de hostilidad manifiesta durante los cuales los dos canarios se engallaron uno enfrente del otro, con las alas abiertas y temblorosas, amenazándose mutuamente con los ojos vivaces y con los feroces picos. Hasta que una mañana, en el momento en que me acercaba a la jaula, el pobrecillo cayó muerto.

Lo saqué de la jaula, esperando un imposible, que resucitase bajo la acción de mis caricias; estaba caliente todavía, pero había muerto, muerto verdaderamente de pena. En el entretanto, la carbonera, indiferente, permanecía en lo alto de la jaula, sin tomarse siquiera la molestia de mirar hacia abajo.

Que venga ahora aquel animal..., digo no, aquel filósofo del Norte, diciendo que los animales no piensan. Desde el momento que sufren... piensan; si conocen el dolor moral y de él mueren, es que son filósofos.

Ahora ven tú ¡oh Gip a defender el pensar de las bestias. ¿Que quién es Gip? Sabed que quien no ha visto a Gip no ha conocido la bondad, la belleza, la gracia y la reflexión, reunidas en la menor cantidad de materia posible.

EL LLANTO DE ALFREDO, POR JOSÉ PÉREZ HERVÁS, dibujo de Tamburini



Y sin embargo, al acercarse y ver aquella virgen muerta...

Mi buen amigo Alfredo Tezuevi ha desaparecido del mundo de los vivos. ¡Noticia vulgar! El quedar eliminado de la viviente escena es función que a todos nos ha de comprender.

Pero ¿sabéis acaso cómo ha pasado de esta vida? Porque en el modo, o, mejor, en el por qué está muchas veces la importancia que damos a esta desaparición suprema.

Yo sé la causa. Yo que supe que sus nuédagos no llevaron nunca ajonjolí, puedo descubrir lo que los médicos ignoraron.

No era Alfredo de los que siempre gozan del antrajeo, en perspectiva eterna de la eterna ceniza; pero hubo un tiempo en que la serenidad de su espíritu estuvo esmaltada por un humor jovial que le hacía agradable de trato y por el cual se distinguía de todos.

Su serenidad, sobre todo, era su nota característica; tenía una manera olímpica de ver la vida, e ideas originales acerca del modo de soportar las amarguras del vivir.

Vióme un día con los ojos rojizos de tanto verter lágrimas, y allí fué la ocasión para espetarme sus teorías: «El hombre no debe llorar nunca; las lágrimas son la sangre del alma, y la sangre sólo se vierte por las heridas. Ahora bien, en el alma las heridas que derraman ese líquido se quedan para las mujeres y los niños: esas epidermis delicadas que con nada sangran; pero el hombre, antes debe morir; como no es preciso tampoco perder sangre por una herida para acabar de vivir.»

Agradecíle aquel intento de consolación, pero justificué mi llanto: había yo perdido a mi santa madre y estaba dicho todo.

Alfredo gozaba aún de la suya; no sabía, pues, lo que era perder eso que tanto se parece a Dios; y lo que es más, había de marcharse él de la vida antes que la suya, pobre señora que no tardó mucho en seguirle.

Confieso que muchas veces me dañó aquella serena impassibilidad de Alfredo, cuando leía ante él algo emocionante que hacíame, si no llorar, por lo menos vibrar la voz, acusando la interior remoción de mi espíritu; y hasta llegué a calificarle de duro.

Gustábale oírme leer pasajes de la *Ilíada* en griego, que él entendía a la perfección, y con preferencia los puntos en que él conocía mi flaqueza. ¡Cuánto disfrutaba haciéndome ver, según él creía, lo irracional (sic) de mi emoción! ¡Aquellas escenas tan remotísimas, ficticias seguramente, conmoviendo a un hombre del siglo XX!

Pero ni sus observaciones picantes modificaron mis sentimientos estéticos, ni mis recriminaciones apasionadas excitaban las manifestaciones externas de lo que él debía sentir, y que, no lo dudo, sentía.

Tan sereno y erguido navegaba Alfredo el mar de la vida como un buque posante; no se había propuesto ser quiquiriquí en nada y la áurea mediana horaciana era su ambición poseída. De aquella serenidad vino a sacarle un tanto el amor; y aunque Alfredo no enloqueció en la apariencia por la niña que le cautivó el corazón, ni exteriorizó entusiastamente sus sentires, pude yo notar lo adentro que aquella hermosura se le había metido en el alma.

Lo bello, cuanto más lo es más nos penetra. Tengo mis años y recuerdo, como si las estuviera viendo, puestas de sol que contemplé en mi adolescencia, paisajes arrobadores como pintados por el Eter-

no Artífice en las diafanidades del espacio azul; rostros humanos parecidos a los de esas imágenes, cuyo perfecto modelado atribuye la fe popular a celícolas escultores; paréceme oír armonías a las que hace consonancia el ritmo de la lira divina. ¿Quién no recuerda algo de esa belleza plástica que en un momento le ha revelado más recóndita filosofía y teología que todos los doctores?

Nieves, la joven en quien Alfredo fijó su corazón, era un destello vivísimo de esa hermosura infinita que nuestra finita inteligencia presente, y a cuya vista el alma siente misteriosas remembranzas.

Ambos se amaron entrañablemente; a la poca expansión de Alfredo respondía el placer que Nieves encontraba quizá en ser contemplada en silencio, con arrobamiento, sin esas palabras que halagan tanto cuando son verdad, tanto hieren cuando son mentira y tanto acongojan cuando son duda.

De propio intento procuré a las veces hacer desbordar aquel raudal de cariño que en el pecho de Alfredo debía existir; nunca lo conseguí.

— Qué suerte tienes, le decía. Tu novia es bellísima; reúne todo lo bonito y lo hermoso que imaginarse pueda; debes estar satisfechísimo.

Él cambiaba de conversación con suprema cortesía; y sin embargo, a la hora de visitar a Nieves separábase de mí, febril, con tal ansia que apenas la encubría bajo su superficie de tranquilidad soberana.

Un día me anunció que se casaba. Había ya comprado terreno en el Ensanche para hacerse edificar un hotelito modesto y confortable. Allí, después del consabido viaje a Montserrat y una vueltecita por Italia, pondrían su nido. Yo sería requerido a frecuentar la nueva familia, a defender en las reunio-

nes de amigos las ideas estéticas y el sentimentalismo...

Me había presentado recientemente a la familia de Nieves, y ya el término de la boda se acercaba, cuando se confirmó una vez más la ley eterna de las proposiciones del hombre y de las disposiciones de Dios.

Habíamos asistido al Liceo bien ajenos de la terrible catástrofe que nos aguardaba; y aunque del grupo que formábamos ninguno recibió daño directo del atentado criminal que tantas víctimas causó, algunos no dejaron de recibir de rechazo daños irreparables.

Nieves enfermó a los tres días, y a poco se puso a tumbado de dado de la muerte; y la caída del dado fué por fin fatal. El mismo día destinado con antelación para el enlace hubo de emplear para el sepelio de aquel ángel.

Ante el sosquín que exterminando a Nieves tan malherida a Alfredo segando, apenas empezado, aquel zureo de amor, la mente serena de mi amigo vió el curso inflexible de las cosas, e imponiendo su voluntad al corazón, éste acalló las manifestaciones externas de su sentimiento.

Parientes de Nieves sé yo que le miraron con desprecio por aquella dureza; otros, conocedores de sus teorías, achacaban aquella impasibilidad a una exageración absurda; otros, los menos, vieron en aquel rostro impasible y nuboso toda una tormenta interior. Pero el sentimiento general era el primero: tan natural parece que las lágrimas den muestra exterior del dolor interno, y éste responda al amor que se tenía al que ya no vive entre nosotros.

Habíamos llegado al Camposanto; la familia de Nieves había comprado terreno para erigir un suntuoso mausoleo, y mientras que éste no estuviese en disposición, el cadáver de la doncella debía yacer en una sepultura interina, de cadenas cercada.

¡Qué momento aquél! Abierta la caja, todos nos acercamos reverentes a contemplar por última vez aquella belleza que la enfermedad primero y la muerte después habían tornado en cera y mármol sin privarla de sus encantos. Con el traje que hubiese llevado al altar parecía un ángel sonriente.

Su padre se abalanzó a besarla; retiráronle los amigos y para poner fin a la escena se ordenó al enterrador cerrar la caja y proceder a la sepultura. El enterrador se abrió paso por entre nosotros; era un gánán fornido, color de tierra, viejo. ¡Habría enterrado gente! Y sin embargo, al acercarse y ver aquella virgen muerta, la pala se le cayó de las manos y las lágrimas afluyeron a sus ojos.

Cuántos se darían cuenta de esto no lo sé, porque muchos llorábamos. Alfredo sí que lo observó y yo noté en su impasible rostro como una ligera contracción.

Cayó la caja en la fosa y el lacrimoso enterrador empezó a cubrirla de tierra, al tiempo que un venticillo marino agitaba los fúnebres sauces acompañando las flébiles frases del último responso, y unas nubecillas opacas velaban la faz también impasible del poniente sol.

Terminóse la ceremonia, y tomando los coches volvimos a la ciudad.

Yo iba con Alfredo y le acompañé hasta su casa;

cionado mi espíritu; pero en aquélla, estando ya en la penumbra del portal, no pude contener mi lloro.

Alfredo se había detenido y apoyado en la pared, y olvidándose de mi pena me acerqué a él:

— ¿Qué tienes, Alfredo?

— No sé; me encuentro mal, muy mal.

Y creyendo yo que le pasaría lo que a mí, insinué:

— Lloro, Alfredo; llora y te sentirás mejor.

— Ya lloro; pero siento que las lágrimas penetran en mi interior; las percibo quemarme; me abrasan, me ahogan.

Acababa el portero de encender el gas y a la claridad de la farola vi, con asombro y pena, impasible como siempre el rostro de Alfredo.

Cuando tres meses después le acompañamos a la huesa, tan sólo yo sabía la causa de su muerte.

Su llanto interno le había ahogado.

BARCELONA. — SALÓN PARÉS



La célebre cupletista Raquel Meller, retrato pintado por Carlos Vázquez

al apearnos del carruaje, había enfrente de una taberna inmediata unos guitarristas baturros, los cuales, rasgueando, daban la entrada a la copla siguiente, que una zagala cantó con voz trisísima:

Mira tú si era bonita
que hasta el mismo enterrador
al verla muerta en la caja
tiró la pala y lloró.

En cualquiera ocasión aquel cantar hubiese emo-

El Sr. Pinelo viene periódicamente a España, visita los talleres de nuestros más renombrados pintores, aprecia *de visu* sus producciones, adquiere las que estima como más notables y más adecuadas al gusto de los aficionados bonaerenses y con ellas forma en la capital de la Argentina interesantes exposiciones, en donde puede admirarse lo más selecto y más moderno de la producción artística española. Es, pues, una obra de alto patriotismo la que lleva a cabo el Sr. Pinelo y por ella le felicitamos con entusiasmo.

LA EXPOSICIÓN PINELO

EN BUENOS AIRES

El celebrado pintor gaditano José Pinelo, tan ventajosamente conocido en el mundo del arte español contemporáneo, está realizando, desde hace muchos años, una obra digna de los mayores elogios.

Si para una nación es conveniente que sus productos agrícolas e industriales sean conocidos en el extranjero y se abran en otros países mercados adonde aquéllos puedan ser exportados, aumentando con ello la consideración mundial y la riqueza del país exportador, no lo es menos que sean también propagadas en otras tierras las producciones de la inteligencia, las obras literarias y artísticas, en beneficio no sólo de los artistas y literatos, sino, además, del buen nombre del país en que éstos nacieron.

Al logro de tan elevado objetivo tienden los esfuerzos que, como decimos, viene haciendo desde hace años el Sr. Pinelo. En efecto, a él se debe, en buena parte, que la pintura española moderna se haya abierto paso entre los aficionados bonaerenses y que nuestros artistas hayan encontrado en la República Argentina un excelente mercado que les proporciona honra y provecho a un tiempo mismo.

Cierto que en esta tarea de dar a conocer nuestro arte en aquella nación le precedió otro ilustre compatriota nuestro, don José Artal; y en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA quedó oportunamente consignado lo mucho que a éste deben nuestros pintores; pero lo que hacía el Sr. Artal como patriota y como aficionado simplemente, lo ha hecho posteriormente el Sr. Pinelo con estos mismos caracteres y además como concienzudo artista.



La favorita del Sultán, cuadro de José Tapiró



Sonata, cuadro de Muñoz Lucena



Caridad es belleza, cuadro de José Villegas

PARÍS. — LA MI-CAREME

La tradicional cabalgata con que en París se solemniza la fiesta llamada de la *Mi-Careme* ha sido este año, como suele



Germana Bregnat, la Reina de las Reinas de la *Mi-Careme*. (De fotografía de Iberia.)

ser siempre, verdaderamente grandiosa y en ella han dado una vez más los artistas parisienses pruebas de su buen gusto y de su originalidad al confeccionar los grandiosos carros que en aquella tomaron parte.

Formóse la cabalgata en el bulevar Richard-Lenoir y recorrió las principales vías y plazas de París, que se hallaban atestadas de gente.

Abrieron la marcha varios landós adornados con flores y el carro de «Stella-Concert» que simbolizaba el último ómnibus de los que hacían el trayecto de La Villette a San Sulpicio y que han desaparecido en absoluto de la circulación. Seguían un molino de viento de la «Lyre d'Or», un gran pájaro de alas azules y una serie de carros que eran una reconstitución afortunada de los populares cuentos de Perrault: *El Pulgarcito*, *El Pájaro Azul*, *La bella dormida en el bosque*, *Barba Azul*, *El Gato embotado* y *Capucita encarnada*. Este último, que representaba un lobo acostado en una gran cama, rodeada de una porción de niñas con túnicas de color de escarlata, tuvo un gran éxito.

A continuación iban los carros de la Estudiantina, de algu-

nos distritos de París y de varios mercados, y la magnífica carroza de la Reina de las Reinas, en donde, sentada en un artístico trono, veíase a la bellísima Germana Bregnat, a quien oportunamente había sido adjudicada por sufragio popular la efímera realeza.

Detrás seguían treinta trompeteros a caballo lujosamente vestidos y cerraba la cabalgata el cortejo del «Bouillon Kub», que comprendía el carro de la ciudad de París y numerosas carrozas que representaban escenas y sitios pintorescos de Bretaña e iban escoltados por grupos de bretones



El carro de la Reina de las Reinas. (De fotografía de Branger.)

y bretonas vestidos con los trajes del país. Al llegar el cortejo a la Casa Consistorial, la Reina de las Reinas saludó a la municipalidad parisiense, siendo recibida por el alcalde Sr. Galli, que la llevó al salón de los Prebostes, en donde la señorita Bregnat recitó una salutación en verso, recibiendo una magnífica cesta de flores y siendo obsequiada con una copa de champaña.



El presidente de la República Sr. Poincaré y su esposa presenciando desde una de las ventanas del Elíseo el paso de la cabalgata. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

De la Casa Consistorial dirigióse la cabalgata a saludar al prefecto de Policía y desde allí al Elíseo. La señora de Poincaré quiso recibir personalmente a la Reina de las Reinas, que fué introducida en los salones de la residencia presidencial con el mismo ceremonial que si hubiese sido una verdadera soberana, y obsequióla con una valiosa joya.

Poco después, disolvióse la cabalgata en la Plaza de la República.

VALENCIA. — REPARTO DE SOCORROS

En el despacho del capitán general Sr. Echagüe, conde del Serrallo, efectuóse el día 3 de los corrientes el reparto de los socorros recaudados por iniciativa de S. M. la reina Doña Victoria para las familias de los soldados valencianos muertos en Melilla. Ocupaban la presidencia la señora condesa de Berbedel, presidenta de la Junta de Damas, el arzobispo Sr. Guisasaola y la señora marquesa de Serdañola; a los lados de la mesa hallábanse las señoras que componen la mencionada junta y detrás, el capitán general, el gobernador civil, el alcalde, el comandante de Marina y otras personalidades.

La señora secretaria de la Junta, después de dar lectura al balance de cuentas, llamó a las familias a quienes se iba a socorrer y que son ocho de Valencia, Benifalló, Liria, Puig, Almacera y Benetusal. En el momento del reparto iban presentándose las familias y la presidenta les entregaba los donativos encerrados en hermosas carpetas costeadas por el Sr. Echagüe.

Después del reparto el capitán general reunió a las personas socorridas, prodigándoles frases de consuelo. — S.



Valencia. — Reparto de socorros a las familias de los soldados valencianos muertos en Melilla, efectuado en el despacho del capitán general el día 3 de los corrientes, bajo la presidencia de la señora condesa de Berbedel. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

LA OCUPACIÓN DE TETUÁN POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS. (Fotografías de A. Rectoret.)



Aspecto de la Plaza de España durante un concierto dado por la banda del regimiento de Ceuta

Cada día se muestran más satisfechos los tetuaníes de la ocupación española y de ello dan patentes muestras no sólo las manifestaciones de afecto que continuamente reciben nuestros soldados de la colonia española allí residente y de la población hebrea, sino también los actos de

aquí y les pidió, además, que le hicieran cuantas indicaciones creyesen útiles al bien de la población, y terminó diciendo que las tropas tienen la misión de defender la ciudad contra los ataques de fuera y que si molestaban en algo a los habitantes recibirían el merecido castigo.

El bajá dió efusivas gracias al general Alfau por las manifestaciones que había hecho y el ex-bajá El-Lebbadi, en nombre de los notables, manifestó también su agradecimiento al cónsul señor López Ferrer, quien, a su vez, pronunció sentidas frases agradeciendo la visita y felicitándose de ver reunidos a los moros más importantes de Tetuán, a los que se complacía en despedir con un abrazo.

Terminado el acto, que resultó solemnisimo, retiráronse el bajá y los notables, mientras la banda ejecutaba la Marcha Real.

Como muestra del entusiasmo con que los he-



Cañones de la Alcazaba que hicieron las salvas el día en que las tropas españolas entraron en Tetuán



Ingenieros colocando una puerta en la muralla de la Alcazaba para facilitar la comunicación con el campamento de Yebel-Dersa.

sumisión que ante el general Alfau realizan los principales personajes de aquella ciudad y de los territorios inmediatos.

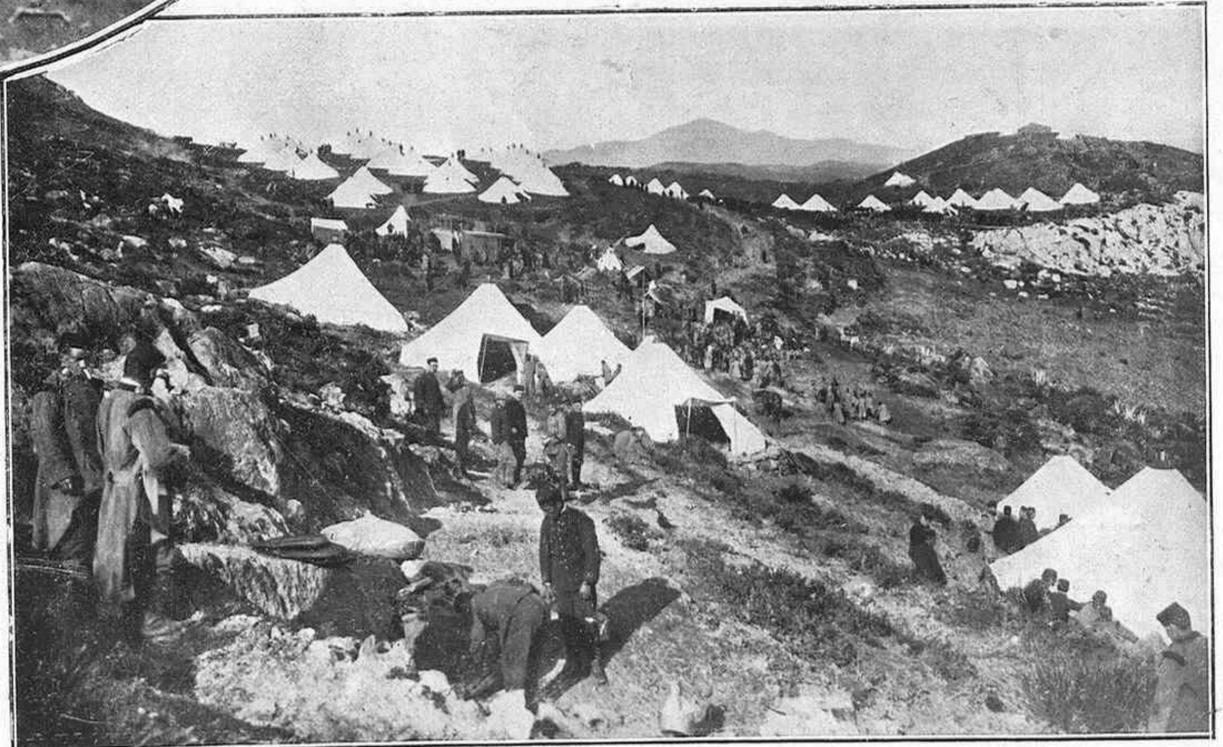
Pocos días después de la ocupación, efectuóse en el edificio del consulado español, en donde se halla instalado el general Alfau, una solemne reunión de moros a la que asistió el bajá con 200 notables lujosamente vestidos y que iban expresamente a felicitarle y a someterse.

La llegada de la comitiva resultó verdaderamente fantástica. Los visitantes entraron en el patio a los acordes de la Marcha Real, que ejecutó la banda del regimiento de Ceuta, y después de haber estrechado las manos del general y del cónsul, que salieron a recibirlos, se colocaron en círculo.

El general Alfau les dirigió la palabra agradeciéndoles la visita y la importante manifestación de afecto a España que realizaban y añadió que no había ido a Tetuán en son de conquista, sino de protectorado, y que no pelearía ni iría a parte alguna donde no se le llamase. Ofreció, para dar trabajo a los moros montañeses que lo necesitasen, empujar en seguida varias obras; rogó a los visitantes que hicieran comprender a los cabileños que España desea que todo siga como hasta

breos han acogido el protectorado español, citaremos el hecho de que uno de ellos se ha ofrecido a costear, en las afueras de Tetuán, un cuartel para las fuerzas de caballería que se destinen al servicio de la plaza. En la visita que el general Alfau hizo a su barrio fué objeto de calurosas manifestaciones de respeto y simpatía.

Las calles de Tetuán presentan animado aspecto, circulando por ellas nuestros soldados en fraternal compañía de los indígenas. Los conciertos que en la Plaza de España da la banda del regimiento de Ceuta se ven muy concurridos y son muy del gusto de los moros.



El campamento de Yebel-Dersa, en donde esta instalada una parte de las fuerzas españolas

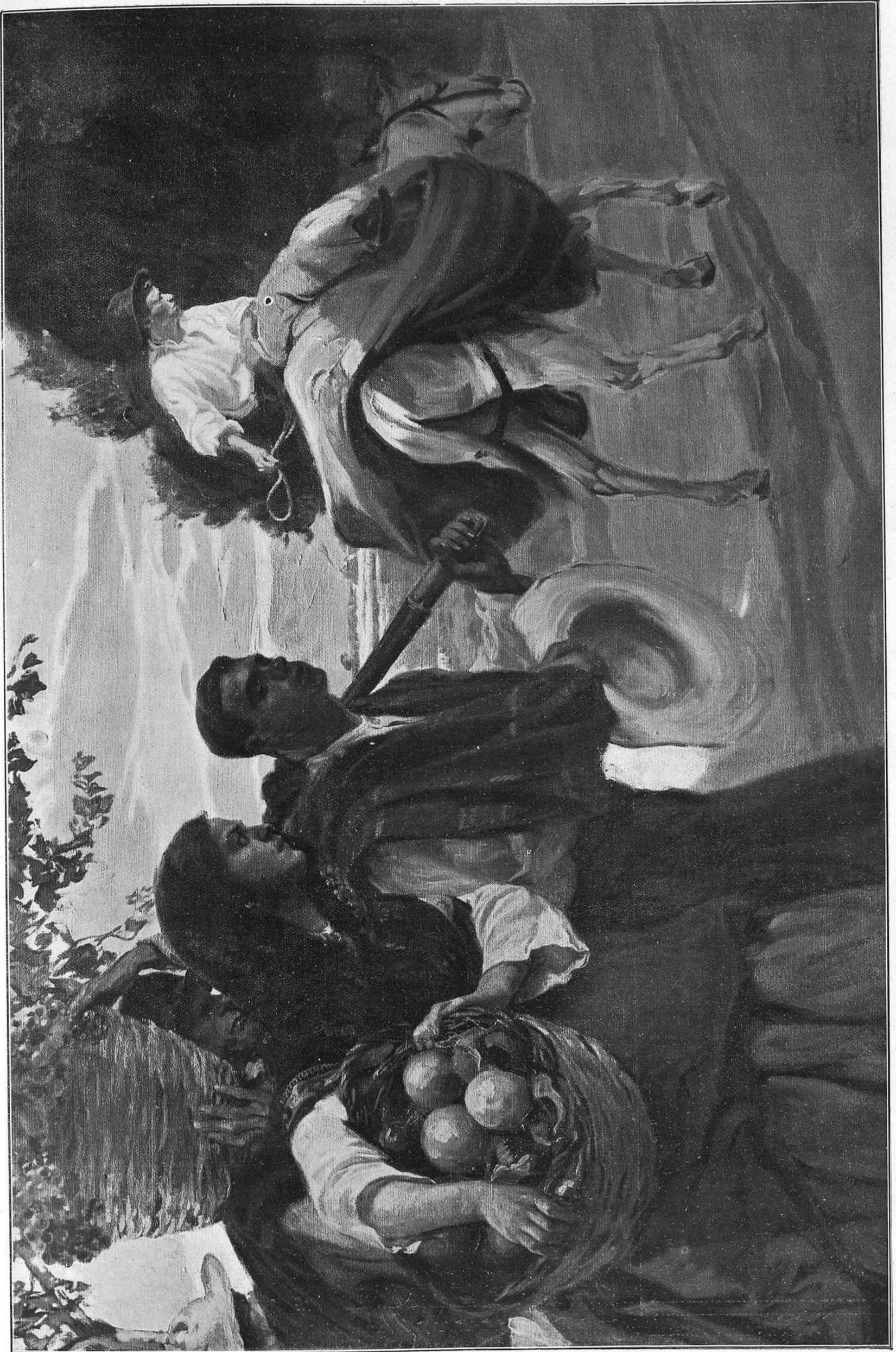
Actualmente se están efectuando importantes obras en la Alcazaba y se prepara el camino para hacer más fácil la comunicación entre ella y el campamento de Yebel-Dersa, en donde está instalada una parte de las fuerzas españolas. - T.

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



SIERVOS EN EL TRABAJO, reproducción del celebrado cuadro de L. P. Pouzargues

BARCELONA. - GALERÍA ROBIRA



COSTUMBRES VALENCIANAS. - LA VUELTA DEL TRABAJO, cuadro de Mongrell



D. Arturo M. González, director del taller de escultura de la Escuela técnica del Hogar establecida en La Plata (República Argentina).

TALLER DE ESCULTURA
EN LA ESCUELA TÉCNICA DEL HOGAR,
DE LA PLATA

En la importante institución Escuela técnica del Hogar establecido en la ciudad argentina La Plata, hállase instalado un taller de escultura destinado exclusivamente a señoritas.

Dirige este taller nuestro compatriota, el escultor barcelonés D. Arturo M. González, artista de talento y laboriosidad grandes, quien le ha consagrado desde un principio todas sus energías traducidas en la inteligente enseñanza del arte a que se dedica con singular maestría y aptitudes no comunes.

De los adelantos realizados por las alumnas ha dado elocuente prueba la exposición de trabajos hace poco efectuada, en muchos de los cuales se han patentizado cualidades envidiables y grandes disposiciones para el cultivo del arte escultórico.



Grupo de alumnas del taller de escultura de la Escuela técnica del Hogar, de La Plata, preparando los trabajos para la Exposición de Gante. (De fotografías remitidas por D. Gerardo de Rivademar.)

Pavesa; dos bustos y una cabeza, de la señorita María Lázzaro; una Virgen, dos cabezas y un alto relieve de la señorita María Elida Platt; tres bustos, dos cabezas y una figura, de la señorita Angélica Ferreira; una cornucopia estilo Luis XV, de la señorita Isabel Hernández; una cabeza, dos bustos y un jarrón, de la señorita María Canliavi; un bajo relieve, dos bustos y una figura decorativa, de la señorita Juana Wagemann; un alto relieve, dos bustos y una figura decorativa, de la señorita Otilia Correa Bustos; dos cabezas, tres bustos y un espejo decorativo de la señorita Aurora Pavesa; dos bajos relieves y un busto, de la señorita María Romano; y un bajo relieve, de la señorita María Villad.

Todos estos trabajos hacen honor al taller y a su director Sr. González, quien ha recibido muchas felicitaciones, a las que unimos las nuestras más sinceras, por los brillantes resultados de sus enseñanzas.

Actualmente las alumnas de éste están preparando las obras destinadas a la Exposición universal que próximamente ha de celebrarse en Gante.

MONUMENTO A NICOLÁS FILOTESIO

Dentro de poco se inaugurará en los Abruzzos el monumento que adjunto reproducimos dedicado al gran escultor, pintor y arquitecto italiano del siglo XVI Nicolás Filotesio.

Esta obra original y grandiosa se levantará en una pintoresca colina inmediata a Amatrice, patria del genial artista y consistirá en un gran basamento de mármol sobre el cual se alzará la estatua de Filotesio.

El monumento, costado por los habitantes de los Abruzzos y por varios artistas italianos residentes en el extranjero, es una hermosa obra de arte del celebrado escultor italiano, el comendador Turillo Sandoni que ha merecido grandes elogios de cuantos lo han visto en el taller de su autor.

La estatua de Filotesio es de bronce y está admirablemente modelada; la expresión del rostro, la gallardía de la actitud, todo revela la mano de un maestro.

En el basamento hay cuatro altos relieves, también de bronce, tres de los cuales representan las tres figuras, símbolos de las tres artes que Filotesio cultivó: la Pintura, la Escultura y la Arquitectura. El cuarto representa la trágica muerte de la esposa del artista.

En las gradas del basamento, se ven los escudos de los municipios de Amatrice, Aquila y Ascoli Piceno protegidos por un águila y entre éstos hay esparcidas flores de los Apeninos.

LAS SUFRAGISTAS NORTEAMERICANAS

El día 12 de febrero último salió de Nueva York el llamado «ejército de sufragistas peregrinas» que desde aquella ciudad se dirigía a pie a Washington con objeto de presentar al nuevo presidente de la República Mr. Woodrow Wilson el memorial de sus reivindicaciones en pro de los derechos políticos de las mujeres.

Las expedicionarias, capitaneadas por miss Rosalía Jones, iban en su mayoría uniformadas con un gran manto con capucha, anchas botas con talones de caucho y un *alpenstock*, y cada una de ellas llevaba una provisión de algodón hidrófilo, rollos de gasa, sinapismos, tubos de vaselina y otros objetos para efectuar las primeras curas en caso de ocurrir algún accidente. Varios carros conducían los equipajes y algunas provisiones.

Llegadas a Washington, solicitaron una audiencia de Mister Woodrow Wilson, quien manifestó que después de cumplidos los deberes que le imponían la toma de posesión de la presi-

dencia de la República y el protocolo, es decir, después de recibir a las comisiones parlamentarias, al gobierno y al cuerpo diplomático les concedería la audiencia solicitada. «La cortesía, dijo el nuevo presidente, obliga a rendir al sexo bello el homenaje a que es acreedor. Como caballero y como presidente estoy obligado a recibir a las mujeres y a no hacerlas esperar. Debo predicar con el ejemplo.»

Las sufragistas norteamericanas han anunciado que su manifestación sería correcta y respetuosa y por ahora no se han

desviado de esta línea de conducta. Pero, ¿se mantendrán siempre en esta circunspección?... También las sufragistas inglesas



Miss Rosalía Jones, que ha dirigido la expedición de las sufragistas norteamericanas que han ido a pie desde Nueva York a Washington para presentar el memorial de sus reivindicaciones al nuevo presidente de la República mister Wilson. (De fotografía de Carlos Trampus.)

comenzaron así y han acabado por entregarse a los más censurables procedimientos de violencia.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



Monumento al célebre escultor, pintor y arquitecto italiano del siglo XVI Nicolás Filotesio, obra del comendador Turillo Sandoni, que ha de erigirse en una colina inmediata a Amatrice, patria de aquel genial artista. (De fotografía.)

LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

- Haz pasar aquí a la señora Messonier, Satuma. No te he oído abrirle la puerta de la calle, añadió con reproche.

Una mirada hacia el espejo suspendido sobre la chimenea le reveló su atavío desordenado, sus ojos enrojecidos por el humo, su rostro contraído por el sufrimiento.

No deseaba que Beatriz le viese en tal estado.

Las mujeres de genio suelen tener predilección por los hombres pulidos.

El traje propio de un químico, para tales personas, debe ser una correctísima levita y una pechera de blancura impecable, y esperan hallarle así aun cuando se encuentre haciendo un experimento con blenda y carbón animal.

La señora Messonier esperaba de pie en el umbral, contemplando los casi frenéticos esfuerzos que hacía el diminuto doctor para enderezar su arrugada corbata.

Tsarka hizo una mueca de fastidio al ver en el espejo la imagen de la señora Beatriz Messonier que aparecía en la puerta.

- Mi vanidad necesitaba este castigo, Beatriz, exclamó por fin el doctor. Salgo ahora de entre el humo donde nacen las moléculas de millones de ojos. El hornillo no ha ardido hoy con muy limpidas llamas.

Ella guardó silencio, y él conoció por la contracción de sus labios que la calamidad socavaba ya los cimientos del Instituto.

- Pepio salió de aquí esta mañana, continuó Tsarka como deseando contener una acusación. Me hace estar intranquilo con su tardanza y no tengo la cabeza a propósito para el trabajo.

Beatriz suspiró y Tsarka esperó con simulada cortesía a que ella hablase.

- Dr. Tsarka, esta mañana Pepio, acompañada por mister Réwnick...

- ¡Ese Don Quijote loquesco! Temo que su encuentro con Horubu en mi laboratorio le haya perturbado el juicio, Beatriz.

Tsarka ofreció una silla a la doctora con una zalema casi inconsciente y añadió:

- ¿Sabe usted que el radio le invadió enteramente los conductos nerviosos?

- Mr. Réwnick está al presente en su sano juicio, aunque...

Y Beatriz hizo una pausa mientras parecía querer desabrocharse los guantes.

- ... Aunque, añadió, lo que dice acerca de la salvajada del Estudio parecióme al principio, ciertamente, producto de una mente alocada.

Satuma encendió silenciosamente la lámpara mirando furtivamente con sus oblicuos ojos a la hermosa dama blanca que había entrado libremente en la casa de Horubu, el lobo.

Sin hacer ninguna señal ni pronunciar palabra rehusando el ofrecimiento, Beatriz declinó el tomar asiento.

En sus ojos había cierto excitamiento nervioso que anunció a Tsarka las inminentes hostilidades.

El doctor retiróse, pues, a su sillón como si buscara un lugar de refugio, donde sus piernas temblorosas no le hicieran traición.

Los ojos apenados del diminuto especialista man-

tuvieron muda durante unos instantes a Beatriz, quien se acordó de los tiempos universitarios en que la providencial guía del Dr. Tsarka le había sido de tanto provecho, cuando su alma y su cerebro estaban en lucha con titánicos problemas...

considerable importancia a lo del Estudio. Inouyiti ha estado privado de razón durante un largo transcurso de tiempo. Tiene padre y madre en Tokio. Temo que no vuelva jamás a verlos.

La mente de Beatriz Messonier vacilaba angustiosamente entre la fe y la duda.

Ella había conocido solamente a Teroni Tsarka como un bondadoso especialista, cuyas simpatía y ayuda habían endulzado algo los meses más amargos de su vida.

No le podía concebir como si fuese un fugitivo de la justicia.

Sin duda alguna los doctores londinenses estaban ansiosos de librarse de él, justamente como los especialistas oftálmicos habían pretendido ignorarla y humillarla a ella misma.

En el relajamiento de la tensión de sus facciones se manifestó algo de su indecisión, y el Dr. Tsarka concentró todas sus fuerzas para hacer su apelación final, porque conocía instintivamente que la Messonier había acudido a visitarle para presentar la dimisión de su cargo de directora del Instituto.

- Comprendo perfectamente que han ocurrido una porción de hechos de cuyas resultas pueden recaer sospechas sobre centenares de japoneses residentes en Londres. Inouyiti, en verdad, ha cometido una insania monstruosa, un crimen disparatado...

- Y Mr. Réwnick estuvo a punto de ser asesinado a causa del mismo hecho, interpuso Beatriz.

- Yo no soy responsable de venganzas particulares, mi buena Beatriz. Considere usted la falta primera de Réwnick entrando en mi domicilio con un pretexto tan insultante. Él fué, además, el primero en entrar en el Estudio después del deplorable accidente del estereoscopio, y estando allí se apoderó de seis granos de radio puro que Inouyiti había robado de mi laboratorio.

- ¿Y para recobrar ese radio atacó Horubu a Réwnick en las puertas de la Oficina Internacional? Beatriz titubeaba perceptiblemente.

- Puede ser. Yo no sé gran cosa de los actos de Horubu. Es un antiguo veterano de la guerra de la Manchuria, que de cuando en cuando se pone frenético..., según creo de resultas de una herida de arma de fuego en la cabeza, que recibió en Liaoyang. Yo creo que la policía le echará pronto mano.

Beatriz guardaba silencio, pensando que, después de todo, había juzgado con demasiada precipitación a su antiguo profesor.

El diminuto especialista se levantó, y su anterior confianza manifestóse en la facilidad de su palabra y en sus desembarazados gestos.

- En cuanto al aspecto financiero del Instituto, pronto estaremos en una posición que nos permitirá deshacer las ignominiosas calumnias de nuestros enconados enemigos. Dígame, mi buena Beatriz, ¿han pagado sus honorarios la duquesa de Márister y el príncipe Hohenhoff?

- La duquesa presentará un cheque de cinco mil guineas mañana a mediodía. Es una cantidad exorbitante, añadió Beatriz Messonier sonrojándose notablemente.

El pequeño doctor se encogió de hombros alegremente.



- Y tú, Teroni, acuérdate de que un policía pasa por aquí todas las tardes, a la misma hora...

Beatriz no podía juzgarle mientras Tsarka no tomase la palabra.

Por fin él se dirigió a ella, y a cada palabra esplendía en sus ojos el fuego de aquellos tiempos:

- Beatriz; Réwnick no me tiene mucha simpatía que digamos. Acuértese usted de cómo, bajo un fútil pretexto, invadió mi domicilio en la calle de Westmorland. Hoy pide un tratamiento gratuito en favor de una pobre y joven actriz.

- ¡La vi este mediodía!, respondió Beatriz haciendo una inclinación de cabeza. Su estado era en verdad sumamente patético.

- ¡Naturalmente, la habrá usted asistido!

- Sin pérdida de momento. Unas cuantas horas más tarde su tratamiento no hubiese dado la más leve esperanza de buen resultado.

Beatriz hizo otra pausa, y luego una pregunta de la que pendía todo su porvenir:

- ¿Quién es Soto Inouyiti?

- Un japonés fanático cuya curación me ha sido confiada. El pobre muchacho está completamente loco.

- ¿Le esconde usted de la persecución de la policía?

- Cuando esté completamente restablecido le entregaré a las autoridades. Réwnick parece haber dado

— Considere usted la posición de esa señora, mi querida Beatriz. En una noche hemos perdido nosotros una cantidad igual con la pérdida de nuestro radio. ¿Los honorarios del príncipe Hohenhoff se pagarán también mañana?

El mayor sonrojo que aparecía ahora en las mejillas de Beatriz atrajo la aguda mirada del doctor.

La puerta del despacho se abrió silenciosamente. Inouyiti, impresas aún en el rostro las evidentes señales de sus recientes aventuras, se presentó tambaleándose en el umbral.

XVI

La demasiada bebida había arrebatado la tranquilidad al joven artista, y su casi guerrera expedición con Horubu, a través del vociferante populacho ante la Oficina Internacional, había conmovido su sistema nervioso hasta hacer titubear su razón.

Su físico era hermoso, y, sobre todo, le realizaba mucho el delicado color de su tez oscura.

En su rostro no se marcaban pronunciados, como en casi todos los japoneses, los salientes pómulos mogoles ni la frente y labios símicos.

La vista de Beatriz Messonier le tranquilizó, como una imagen bella o una linda flor atrae y tranquiliza la vista de un niño espantado.

El Dr. Tsarka extendió fieramente su mano a un timbre que tenía cerca, como si pretendiera arrojarlo al intruso.

La jadeante figura de Satuma apareció instantáneamente en el pasillo, y en sus desconcertados ojos se podía ver la fatiga y la ira.

Tsarka le hizo abreviar sus excusas:

— Llévate a este paciente de mi despacho, Satuma, antes de que sus disparates me vuelvan loco. ¡Llévalo a su habitación!

Inouyiti hizo un gesto con la mano para impedir que Satuma se le aproximara.

— Guarda tus dedos para la garganta de tu amo, Satuma; dijo en tono de desafío.

Y luego, volviéndose al doctor, añadió:

— Y tú, Teroni, acuérdate de que un policía pasa por aquí todas las tardes, a la misma hora, a esta hora.

— Su pulso de usted, Inouyiti, está muy excitado, repuso Tsarka cohibiéndose. Sea usted juicioso, y déjese acompañar por el criado. Ya le apena a usted haberse introducido así. ¿Verdad? Los caballeros japoneses deben cuidar mucho de su dignidad en presencia de las señoras.

Beatriz no se podía persuadir de que aquel joven de tierna mirada fuese el autor de la tropelía más infame que se había conocido.

Que su repentina entrada había desconcertado al Dr. Tsarka fácilmente lo había ella comprendido, a pesar de los esfuerzos del diminuto doctor para obrar con tolerancia y reserva.

Inouyiti hizo una reverencia con excesiva cortesía a Beatriz Messonier cuando pasó ante ella para ponerse frente a su antiguo colega.

— Debo saludarte, Teroni Tsarka, como al más solemne impostor de nuestra centuria. Esta señora (de nuevo hizo profunda reverencia a la doctora), es Beatriz Messonier, de la cual hemos oído tanto que bien podrá ella oír con calma lo que tengo que decir ahora...

— ¡Silencio, loquillo, silencio!, reconvínole el doctor Tsarka.

Y haciendo un gesto vivo al criado, ordenó:

— Satuma, lleva este paciente a su habitación y cuidado con que entre otra vez en mis departamentos privados.

— ¡Pues yo repito que eres un timador colosal, Teroni; te lo repito en presencia de la señora Messonier.

Inouyiti rechazó la mano de Satuma que le asía del hombro, y dando un salto salvaje se colocó en el extremo opuesto del despacho, apoyando su mano contra la pared.

Por un momento creyó Tsarka que la mano levantada era un arma de fuego, y se inclinó como para esquivar la bala.

Inouyiti rióse estrepitosamente.

— Te espanta la muerte, Teroni; no la puedes recibir cara a cara. ¡Y eso que una señora nos contempla!

— No temo la muerte, respondió Teroni, cuando viene de un soldado o de un caballero. No obstante, no querría morir a manos de un epiléptico.

La respuesta serenó al joven artista, como un latigazo oportuno sosiega a un travieso cachorrillo de pantera.

Con todo, su antiguo mentor no hacía más que enfurecerle por momentos.

Embaucado, arruinado, obligado a esconderse de

los ojos del mundo volviase contra el hombre causa de su ruina.

Ni aun la presencia de Beatriz pudo contener su salvaje exabrupto.

Sus palabras salieron en frases incoherentes cayendo sobre el diminuto especialista neurálgico, expresándose el artista en japonés cuando sus conceptos apasionados no encontraban la expresión adecuada en inglés.

— Teroni, tú me prometiste hacerme famoso, como se lo prometiste a esta señora. Los pueblos adorarían mi arte, las mujeres se arrodillarían a mis plantas...

»Tú me prestabas dinero como un judío, con interés; peor, porque en cambio del dinero me exigiste mi vida.

»Tú y Horubu fuisteis los que preparasteis aquella maldad diabólica en mi taller... ¿Quién colocó la rociada molecular que convirtió al barón en un loco lleno de manchas en la piel? ¿Quién arregló el estereoscopio para que la esponja de radio se estrujase sobre los ojos del príncipe Hohenhoff cegándolos?

Beatriz, presa de angustia bajo el terrible impacto de aquellas palabras pronunciadas con premeditado énfasis, se retiró maquinalmente al umbral de la puerta.

Inouyiti no era ya el charlatán incoherente; por momentos se veía en sus ojos más serenidad, más firmeza en sus miembros, hasta que sus acusaciones fueron proferidas con la maestría de un fiscal acusador, consumado en la oratoria judicial.

Apartando su vista del diminuto y abatido especialista, dirigió su voz, extrañamente alterada, a Beatriz.

— Señora, hace tres años vivía yo con mis padres en Tokio. Pintaba yo entonces abanicos y biombos, vendiéndolos a los tratantes en curiosidades, por el reducido precio que me permitía atender a la sobria manutención de mis queridos hermanos y hermanos pequeños.

»Una de mis hermanas estaba enferma de tisis; dos de mis hermanos murieron en la batalla de Dalmy. Mi obligación era, pues, mantener a mi madre y mis hermanitos, que me pedían pan en aquel terrible invierno que sucedió a la guerra.

»Cierta día un caballero americano vino a mi estudio y admiró mis pinturas. Pagóme mil dólares por dos miniaturas y una colección de abanicos, y me aconsejó marchar a Nueva York o venir a Londres, donde en poco tiempo conseguiría fama enviable.

»Vine y me encontré con el Dr. Teroni Tsarka. Ya sabe usted algo del resultado de nuestra amistad...

»Añoche, él y su colega Horubu, me obligaron con amenazas a intentar quitar la vida a un joven inglés llamado Rénwick. Erré el tiro, y hube, por la fuerza, de huir en un auto blindado que aplastaba al excitado populacho...

Hizo una leve pausa, pero sólo para añadir con indignación vehemente:

— ¡Esta mañana he leído en un periódico que en el Instituto del Radio se negaba la asistencia facultativa a Miss Cranstone, porque no podía pagar unos honorarios escandalosos!

Beatriz dió muestras de querer hablar, pero él la contuvo suavemente con la mirada fija en el palpitante especialista.

— No, ya sé que no procedió de usted el que se negase la asistencia a Miss Cranstone; pero pregúntese usted misma quién le dió la orden de arrambalar con el último chelín de la duquesa de Márister y del príncipe Hohenhoff.

El diminuto especialista le interrumpió con una risotada.

— Hombre, Inouyiti, casi me convence usted de que soy un monstruo y un galopo de marca mayor. Con todo, no quiero defenderme de los ataques de un criminal degenerado. Pero mañana mismo, si la señora Beatriz desea más pruebas de la verdad de mis palabras, visitaremos a un especialista en enfermedades cerebrales, quien confirmará mi veredicto de que usted es realmente víctima de mentales alucinaciones.

»Respecto de los crecidos precios que se exigen en el Instituto que la señora preside (prosiguió el doctor con mayor seguridad) no podemos hacer sino demandarlos o retirarnos de nuestra profesión. No tratamos en unguentos ni con emplastos de tres al cuarto sino con radio (añadió vanidosamente), la substancia más cara entre todos los elementos conocidos.

Beatriz no respondió. Su destino había quedado confundido con la suerte del diminuto especialista. Sólo éste le había prestado ayuda en los tiempos pasados...

Sin embargo, la historia de Inouyiti la había emocionado hasta el punto de hacerla derramar abundantes lágrimas.

Era en verdad extraña y emocionante aquella narración del joven artista, y, en sus penalidades, Beatriz descubría cierta semejanza con su propia historia.

Inouyiti se acomodó en una silla en actitud provocadora.

La única esperanza de Tsarka estribaba en la buena voluntad de Messonier.

En cuanto él recibiese los honorarios de la duquesa de Márister y del príncipe Hohenhoff, huiría con su hija Pepio a Norteamérica.

Tsarka habló con volubilidad a Beatriz, sin hacer caso del joven artista que sentado en la silla de Horubu le miraba con fieros ojos:

— La prensa empieza ya a comentar favorablemente la mejoría del príncipe Hohenhoff y de la duquesa de Márister.

A una señal suya, el criado alcanzó un periódico de la tarde, de un estante del salón. Tomándolo en sus manos señaló con exultación un párrafo:

— Mi querida discípula, aquí tiene usted pruebas de lo que crece su reputación. Es muy lisonjero, ¿verdad?, añadió viendo que se coloreaban las mejillas de la especialista. ¡Pues, y éste!, y el Dr. Tsarka le mostró otro párrafo titulado:

EL ÚLTIMO MILAGRO EN CIRUGÍA RADIOACTIVA

TRIUNFO DE LA NUEVA ESCUELA SOBRE LA ANTIGUA

La Sra. Messonier devuelve la vista a los ciegos desahuciados

Beatriz no pudo contener un estremecimiento de todo su ser al ver su nombre junto a sus recientes y satisfactorias operaciones.

El periódico que insertaba aquellas noticias era de las publicaciones de más tono, y una, precisamente, muy parca en anunciar noticias estupendas y más parca aún en prodigar alabanzas.

— Por el correo próximo, prosiguió el doctor, nos vendrá un verdadero diluvio de noticias elogiosas del Continente, de Francia, Alemania e Italia. El nombre de Messonier resonará por todo el mundo médico.

El Dr. Tsarka se paseaba por el despacho conociendo que su oportuno recurso a la vanidad de Beatriz había neutralizado en ésta los efectos del *dénouement* de Inouyiti.

Beatriz leía el periódico, con su hermosa faz sumida en la claridad de la lámpara, reflejando en sus bellos ojos la dulce impresión que le causaba la primera alabanza periodística.

Inouyiti la contemplaba también, y la tragedia de su propia derrota dió un nuevo tono a sus palabras.

— Señora, sólo hace una semana que un periódico de los más importantes y serios me llamaba el Turner Japonés. Hoy me escondo de la policía. Ya he avisado a usted. Cuide de no caer en las redes de Tsarka, o, de lo contrario, él será la causa de su futura ruina.

— No le haga usted caso, murmuró Tsarka. Ya se dormirá cuando usted se vaya: ¡pobre muchacho!

Beatriz estaba ahora convencida de la parcial locura de Inouyiti, y, además, demasiado preocupada con su obra para que parase mientes en las amargas lamentaciones de un artista genial desengañado.

Percibía que sería muy injusta gastando sus energías en probar la honradez de los propósitos del diminuto especialista.

Su campo de operaciones era el Instituto, la cirugía oftálmica, no las pesquisas policíacas.

Que probase Gifford Rénwick cuanto alegaba, que ella entretanto se volvía al Instituto para completar la cura del príncipe Hohenhoff y de las otras personas víctimas del loco impulso de Inouyiti.

Envuelto en su gran abrigo de viaje el diminuto especialista la acompañó hasta la estación encareciéndole, durante el camino a través de las silenciosas calles, la necesidad de estudiar con más ahinco cada vez.

— Mi querida discípula, hemos de trabajar, experimentar y estudiar con tesón, en las mismas garras de nuestros calumniadores. Persuádase de que nuestros enemigos no nos dejarán libre el campo hasta que hayamos demolido sus antiguas teorías. ¡Trabaje usted, trabaje!

Cuando la vió partir con el tren, Tsarka, dando un cauto rodeo, volvióse a casa.

Los ruidos de la noche le aterraban y en cada columna de sombra le parecía distinguir en acecho un agente de policía.

A cualquier portazo que sentía volviase sobrecoído de pavor, esperando que Gifford Rénwick saltaría de pronto sobre él agarrotándole el cuello y las muñecas.

Llegó por fin a su casa sudoroso y jadeante.

En la puerta le esperaba Satuma, que le tomó su bufanda y pesado abrigo.

Al entrar en el estudio bebió una copita de vino para hacer cesar el temblor de sus miembros.

Inouyiti ocupaba aún la silla de Horubu y su cabeza se inclinaba soñolientamente; sus labios se contrajeron cuando la sombra del diminuto especialista se proyectó como un trasgo en la pared.

— ¡Trae más vino, Satuma; y después a dormir!, ordenó el especialista tirando la botella vacía por la mesa.

— ¿Pero se han de quedar aquí bajo Inouyiti y Horubu?, interrogó el criado.

— Horubu no se encuentra bien. Por ahora ya está cómodamente en el laboratorio. No te acerques a él, Satuma. Pesa mucho para subirlo arriba.

Los soñolientos ojos del joven artista brillaron un momento.

— ¡Horubu!, exclamó. ¡No creo que haya vuelto!

Y forcejó para erguirse.

— ¡Silencio, hijo del demonio! Déjame tranquilo. Tu lengua ha hecho ya bastantes desastres. ¡Que los dioses te la rajen, maldito!

Una débil inercia había sucedido a las vehementes declaraciones del joven artista, y se encontraba sobrecogido por el pánico engendrado de su arrojado y precipitación.

Sin replicar con gestos ni palabras, reclinóse en el amplio sillón hasta que Satuma volvió con el vino.

Entonces recostado en el respaldo de su sillón contempló el medio con que Tsarka sedaba sus nervios.

Sumergió el diminuto especialista en la botella unos polvos amarillentos, y, al instante el vino comenzó a hervir con burbujillas meteóricas que relampagueaban y explotaban sus esféricas gotas carmesíes en el purpúreo vino.

Tsarka bebió ansiosamente de la botella, como si le fuese imposible dominar su ávida sed.

Después, con nuevo fulgor en la vista, pero con los miembros más serenos sentóse en otro sillón frontero al que ocupaba el joven artista.

Satuma recogió de sobre la mesa los papeles sueltos, hizo una graciosa zalema al especialista y se retiró a descansar.

La mente de Tsarka se tranquilizó en seguida.

Con el cheque de las cinco mil guineas de la duquesa de Máriste nada importaba que Rénwick se empeñase en prender a Pepio, puesto que no había ni la menor prueba que atestigüase que ésta se hallaba en algún modo complicada en la atrocidad del Estudio.

Su principal engorro era Inouyiti.

De un momento a otro el joven podía entregarse a la policía y hacer también consecuentemente que le prendieran a él.

El diminuto especialista encendió un cigarrillo y llenó un vaso de vino, que ofreció al pensativo artista.

— Has sido un loco Inouyiti. Con el ardor de tus diez y ocho años te has imaginado que, porque Miss Cranstone padecía un pequeño accidente, se acababa ya el mundo.

Inouyiti se agitó en su sillón.

— Tu dependienta, madama Messonier, la arrojó del Instituto. ¿Por qué no la has salvado, en gracia mía, Teroni? ¿Por qué?, ¿por qué?..

— ¡Silencio, muchacho! Beatriz curará a la señora de tus pensamientos. Miss Cranstone no quedará perjudicada en lo más mínimo. Bebe este vasito de vino. Brindemos por tu amor, Soto. Dentro de una semana la verás pasear alegre por los jardines de Londres.

— ¡Con Rénwick!, suspiró el muchacho. Él representa el papel del buen Samaritano, mientras que a mí los papeles diarios me representan como un malhechor abominable!

— ¡Todos los artistas somos malhechores!, repuso riendo el especialista neurálgico. ¿No soy yo también un artista? Y con todo no hago sino quitar un poco de enjundia a unos cuantos perros demasiado gordos.

— Hohenhoff es un tipo hermoso, replicó protestando Inouyiti. Una mezcla de atleta y caballero. ¡Se casará con tu Beatriz, tenlo por muy seguro!

Tsarka sa irguió a la inesperada nueva; después meneó dudosamente la cabeza.

— Perdemos tiempo hablando de esto, Inouyiti. Beatriz ama solamente su profesión. No se han hecho los príncipes para ella. Ante ella tiene un mundo entero para conquistarlo con la celebridad de su divino arte.

— Hohenhoff sí que le dará un pequeño reino o un principado en los ricos confines de Sajonia. Espero que no se olvidará, Teroni, de que fui yo quien le envió el marido.

El vino hacía bromear a Inouyiti, a pesar de la pena que en su ánimo sentía.

Echóse hacia atrás en el sillón, riendo a mandíbula batiente, batiendo en realidad con sus dientes los bordes del vaso que había apurado.

— Tú también te casarás, Soto, si somos listos, ¡Escúchame!



Por un momento creyó Tsarka que la mano levantada era un arma de fuego, y se inclinó...

El diminuto especialista esperó hasta que al artista le hubo pasado el acceso de risa, y entonces prosiguió:

— Miss Cranstone es la primera persona de la lista en que están anotados los nombres de las que han de ser curadas. ¿Me oyes muchacho?

— Sí, con el alma, porque la cabeza me da vueltas por efecto de tu decocción venenosa.

— Pues bien, Miss Cranstone será curada mañana con tal que tengamos radio suficiente para hacer la operación. ¿Me oyes «con el alma», muchacho?

— Teroni, Horubu tiene el radio. Busca pues a Horubu.

— Ha venido borracho a casa. Los negociantes judíos han hecho un trato con él y se han quedado con los seis granos. Necesito que induzcas a Pablo Isaacson a que venga aquí. Te daré sus señas de Hatton Garden. Tienes palabras persuasivas: sírvete de ellas para salvar a Miss Cranstone.

Un largo sonido del timbre de la portería los sobrecogió.

El especialista neurálgico salió en seguida al pasillo, alerta y medio intrigado.

— ¿Quién es?, preguntó con la mano en la cerradura.

— Pepio, vuestra hija. Abrid; llueve a cántaros y Pepio está muy cansada.

El doctor abrió la puerta y casi hizo entrar violentamente a su hija.

Su ternura paternal toda se desvaneció al pensamiento del peligro que le amenazaba con la vuelta inesperada de la joven.

— ¡Necia, loca, destructora de mi fortuna! ¿No comprendes los peligros a que te expones?

Y cuando hubo cerrado tras ella la puerta la llenó de improperios a gritos.

Pepio, dejando su sombrero y boa en el velador del salón, juntó sus enguantadas manos suplicantes. Su rostro mostraba un rojo extraordinario, y sus ojos brillaban bajo el resplandor de la bombilla eléctrica.

— Rénwick creyó mejor dejarme libre. Más que detective parece un sacerdote joven.

— ¡Y te ha dejado libre sólo para seguirte los pasos hasta aquí! ¡Miserable mujer! ¿Qué locura has cometido?

El diminuto especialista siguió a su hija hasta el despacho donde Inouyiti continuaba sentado y riéndose ahora de la trágica desesperación del doctor Tsarka.

Pepio hizo respetuosamente, en broma, un cómico saludo al joven artista.

— Si te ríes de mi padre, díjole suavemente, te habré de enseñar mejores maneras.

— ¿Has estado en compañía de Rénwick?, replicó el artista; ¿con el hombre que nos va a regalar a cada uno veinte años de presidio?

— Sí, dice que pareces un escarabajo, Soto, respondió dulcemente Pepio. Y que tiras tan mal que no sabe cómo no te avergüenzas de tu mala puntería.

Al dicitario Inouyiti saltó airado de la silla.

— Pues di a Rénwick que cuando apunté a su carita de chiquillo, el corazón me gritaba deteniéndome; pero que cuando le dispare otra vez ya apuntaré mejor. No marraré entonces el tiro.

— ¡Silencio!, ¡silencio!, ordenaba Tsarka.

El doctor paseaba frenéticamente por el despacho interrogando de vez en cuando con la mirada al sonrojado rostro de Pepio.

De un momento a otro temía ver invadida su casa por la policía, pues estaba convencido de que si Rénwick no había prendido a Pepio era porque, siguiéndola, había querido descubrir el refugio de los japoneses.

— ¿Habrás venido en el tren, la preguntó, y desde la estación aquí a pie?

Pepio sonrió ligeramente.

— Después que estuvo seguro de que Beatriz curaría a Miss Cranstone, respondió, prometió no seguirme.

Y añadió mirando maliciosamente al joven artista, cuyo entrecejo se frunció sombríamente:

— Se toma muchísimo interés por Miss Cranstone.

El diminuto especialista no pudo contener, a su pesar, la risa.

— Rénwick sabe que unas horas que tarde Miss Cranstone en ponerse en cura costarían a ésta la ceguera perpetua. Y no quiere prenderme mientras la vista de la bonita comedianta esté en peligro.

— ¡Tonto!, exclamó Tsarka.

— ¡Tonto porque tiene un corazón noble!, protestó Pepio con indignación, ¿Es que no snfrió él mismo los terrores de la ceguera, a manos de ese canalla de Horubu? ¿No ve usted nada de heroico en el sacrificio que un hombre hace de su honor y su deber para salvar a una pobre comedianta?

En la voz de Pepio se traslucía evidentemente un tono apasionado.

— Quien sufre más, prosiguió la joven, no es la duquesa de Máriste ni el príncipe Hohenhoff; es Rénwick. Con una simple maniobra descubriría nuestros planes de pe a pa. Con todo, para salvar a esa mujer, sacrifica la fama y su ascenso dejándonos libres.

En su rabia la joven golpeó el rostro algo levantado del joven pintor, con la extremidad de los guantes que en la mano tenía.

— Lo que constituye nuestra salvación es la piedad que siente Rénwick por la señora de tus pensamientos, Soto; pero una vez que esa dama esté fuera de peligro, ¡ah!, entonces, ya te puedes meter bajo tierra, y aunque te escondas bajo el mismo hielo del Polo no te creas seguro de sus garras, porque te buscará y prenderá.

Inouyiti se estremeció al oír las sarcásticas palabras de Pepio.

Su orgullo japonés se sintió empujado ante la consideración de la magnanimidad del hombre blanco y su miseria se hacía por momentos más aguda y terrible.

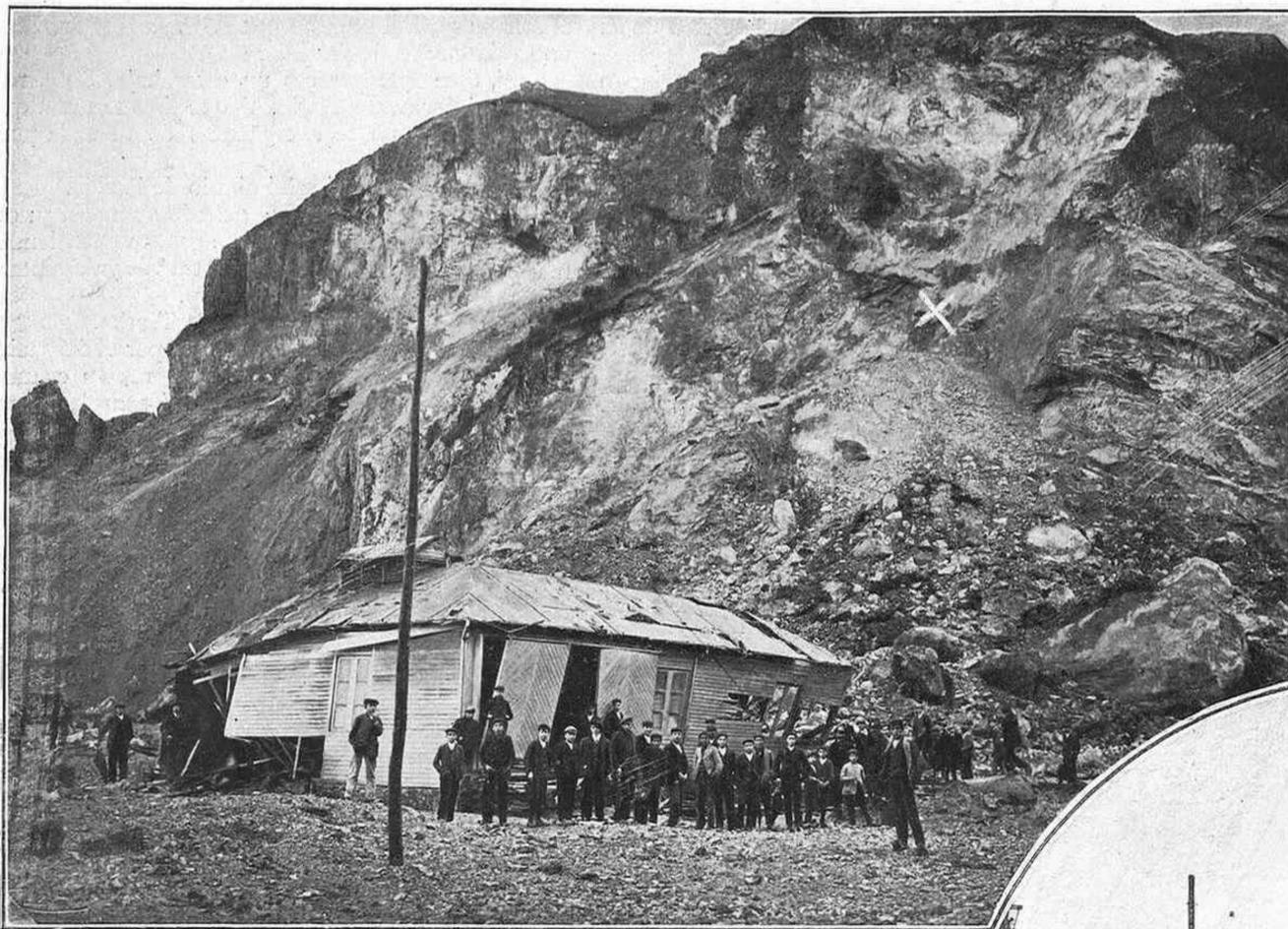
Violeta Cranstone, una vez curada, volvería a su profesión, al triunfo de la escena, sin acordarse de él más que como del loco y depravado que le había casi arrebatado la vista con aquel envenenado estereoscopio.

— ¡Les haré ver en qué consiste tener corazón!, pronunció Inouyiti casi con un gemido. Nada vencerá al genio de Soto Inouyiti. Pintaré un cuadro con mi propia sangre, un cuadro que represente la crucifixión de un artista. Yo, yo mismo me clavaré en la cruz con los latidos de mi corazón, con el batir de mis pulsos...

Sobre la frente caíanle sus largos cabellos, dando un aspecto melancólico a su rostro; pero en sus palabras se percibía toda la energía de su juventud.

(Se continuará.)

LA CATÁSTROFE DEL MUSEL. (Fotografías de L. Winck.)



Vista del monte en donde se produjo la explosión. La x indica el sitio del barreno que ocasionó la catástrofe

En la tarde del 25 del mes pasado ocurrió en las obras del puerto exterior del Musel una espantosa catástrofe de la que resultaron numerosas víctimas.

Con el objeto de efectuar un importante desmote, destinado al relleno de los muelles en construcción, se había cargado una mina con 3.500 kilogramos de dinamita y pólvora al pie del monte que circunda el puerto del Musel. Infinidad de curiosos ocupaban las inmediaciones con objeto de presenciar la voladura. A las cinco en punto prodújose la explosión, cuyos efectos fueron verdaderamente terribles: la carga toda salió por la boca del barreno, lanzando sobre la multitud una cantidad enorme de piedras, muchas de las cuales cayeron en la bahía y en el puerto exterior, alcanzando a algunos buques.

Hubo un pánico indescriptible al ver caer a varias personas muertas y al escuchar los lamentos y demandas de auxilio de los heridos; pero pasados los primeros momentos de confusión, los más animosos y serenos se dispusieron a prestar socorros. El personal de los vaporcitos del puerto y de algunas embarcaciones fondeadas en la bahía se acercó a tierra y desembarcó, comenzando la recogida de los muertos y heridos para trasladarlos a Gijón; poco después la Cruz Roja envió hombres y camillas, organizándose rápidamente el traslado de los heridos graves a la Casa de Socorro y al hospital.

La catástrofe causó de momento diez y ocho muertos, entre ellos el Sr. Alvargonzález, contratista de las obras, y otros tantos heridos graves, de los cuales algunos han fallecido posteriormente; en cuanto al número de heridos leves y de contusos fué considerable.

La noticia del suceso produjo en Gijón una consternación inmensa; todo el vecindario echóse a la calle presa del sentimiento más profundo; suspendiéronse todos los espectáculos y en la Casa de Socorro y en el hospital se desarrollaron desgarradoras escenas entre las familias de las víctimas.

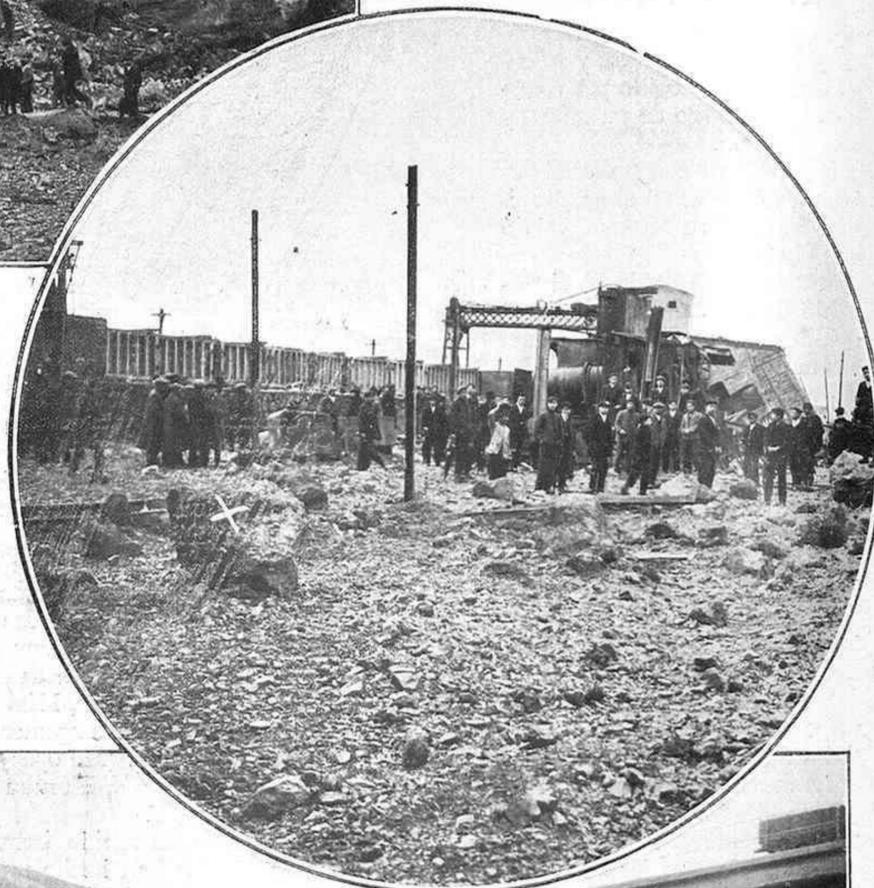
El gobierno, apenas tuvo conocimiento de la catástrofe, envió al alcalde de Gijón un expresivo telegrama de pésame, ofreciendo socorrer a las familias de las víctimas que queden desamparadas, y dispuso que salieran para aquella ciudad el ministro de Fomento y el director de Administración local Sres. Villanueva y Belaunde, quienes llegaron allí el 27, siendo recibidos por el Ayuntamiento y las autoridades civiles y militares.

El Sr. Villanueva dirigióse inmediatamente al Musel y luego visitó a los heridos del hospital y estuvo en la Casa Municipal, en donde se hallaba reunido el

Ayuntamiento, pronunciando un sentido discurso, al que contestaron el alcalde Sr. Menchaca y los concejales señores Tejera y Alvarez García.

Levantada la sesión en señal de duelo, el ministro y la corporación municipal en pleno se encaminaron al hospital para asistir al entierro, que constituyó una manifestación de duelo imponente, a la que se asoció toda la ciudad.

A las cinco púsose en marcha la comitiva, precedida por una sección de la Guardia civil montada. Detrás de ésta iban los bomberos, en dos filas, y luego los 19 féretros cubiertos de coronas y conducidos en hombros por obreros municipales y serenos. Seguían después todo el clero parroquial; la presidencia formada por el ministro, el obispo, el alcalde y los gobernadores civil y militar; el Ayuntamiento con los maceros; la Diputación provincial; los ayuntamientos de Oviedo y de otras poblaciones de la provincia, y otras corporaciones oficiales.

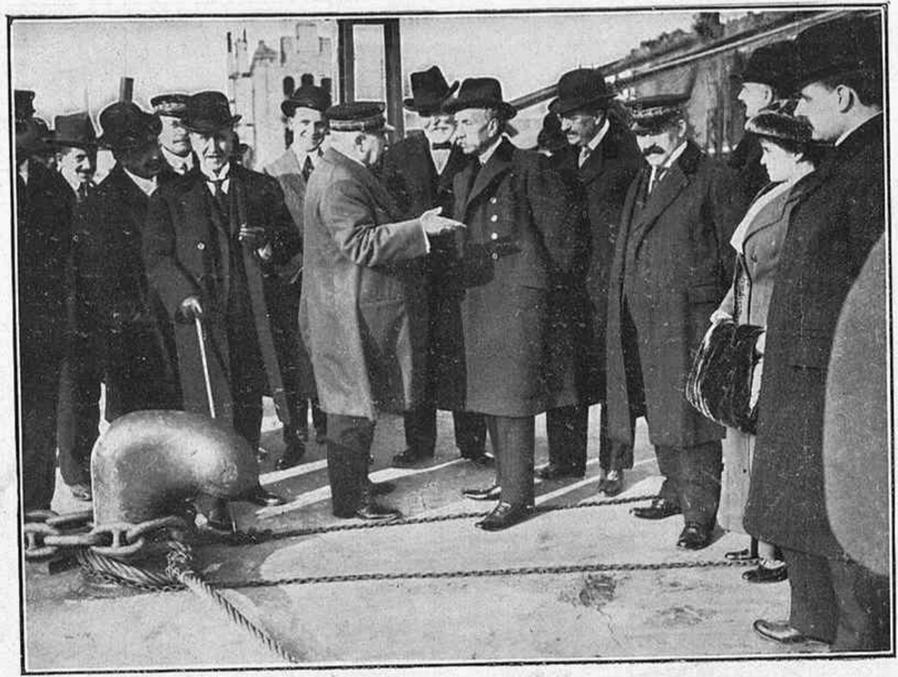


Piedra que causó varias víctimas y quedó empotrada en la tierra
Vista de una de las casetas en donde estaban las oficinas destruidas por la explosión

Al pasar el entierro por delante del domicilio social del Orfeón Asturiano, éste cantó el *Miserere* de Perosi, y al salir por el paseo de Begoña, la orquesta ejecutó una marcha fúnebre.

Poco después de las seis, los cadáveres recibían cristiana sepultura. — T.

EL EXCMO. SR. D. EDUARDO DATO EN BARCELONA



Visita del Excmo. Sr. D. Eduardo Dato a las obras del Puerto

El Sr. Dato, acompañado del presidente de la Junta de Obras del Puerto Sr. Bosch y Alsina visitando las obras de la escollera del Este
 El ingeniero jefe de las obras del Puerto D. Julio Valdés explicando al Sr. Dato el funcionamiento del dique flotante
 (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

El Excmo. Sr. D. Eduardo Dato, que vino a Barcelona para presidir la inauguración de la Caja de Retiros creada por la sociedad de Tranvías, acto en el cual nos ocupamos en el número anterior, ha permanecido en nuestra ciudad varios días, durante los cuales ha visitado centros culturales, inspeccionado fábricas y talleres y recorrido alguna comarca agrícola.

El ilustre exministro y expresidente del Congreso de los Diputados ha aprovechado su estancia entre nosotros para tomar importantes datos sobre cuestiones de enseñanza y problemas sociológicos, que indudablemente serán bien aprovechados por quien como él ha hecho tan profundos estudios sobre estas materias y ha demostrado tanto interés por esta clase de asuntos.

Entre las visitas efectuadas por el Sr. Dato, citaremos las que hizo al Casal Popular, en donde está domiciliada la Acción Social Popular; a las bodegas del Sindicato Alélla Vinícola, y a las obras del Puerto.

En esta última recorrió el puerto, la escollera del Este, la dársena del Morrot y el dique flotante, acompañándole en su visita el gobernador civil, el administrador de la Aduana, el ingeniero jefe de Obras Públicas, el presidente de la Junta de las Obras del Puerto Sr. Bosch y Alsina, el ingeniero director de las mismas D. Julio Valdés, los ingenieros Sres. Azemar, Coderch y Jáuregui y varios vocales de la Junta.

Durante su permanencia en esta capital ha sido muy agasajado y ha recibido de los barceloneses, sin distinción de partidos ni clases, innumerables y merecidísimas demostraciones de consideración y simpatía.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

ESCOLES DEL DISTRICTE VI. HISTORIA, ORGANIZACIÓN, MÉTODES PEDAGÓGICS. — Fundadas estas escuelas en 1906 por un grupo de entusiastas propagadores de la cultura entre el pueblo, han adquirido durante estos siete años un grandísimo desarrollo, pudiendo hoy citarse como modelo de las de su clase, así por su admirable organización como por lo perfecto de sus métodos de enseñanza, que responden a todas las exigencias de la pedagogía moderna. De todo ello puede formarse una buena idea la memoria recientemente publicada por la Junta Directiva que preside D. Ramón Monegal, memoria bajo todos conceptos interesantísima y que forma un folleto de 68 páginas con numerosos grabados, editado en Barcelona por Gustavo Gili.

LA LLIGA DEL BON MOT. EN PRO DE LA CULTURA DEL LENGUAJE. — La «Lliga del Bon Mot», esa benemérita entidad barcelonesa que con tanto entusiasmo trabaja por extirpar el uso de la blasfemia y de las palabras socces en el lenguaje corriente, ha publicado un folleto de propaganda que contiene tres hermosos artículos, tendentes todos al mismo fin: ¡Alerta!, de Juan Maragall; el discurso pronunciado por D. Eduardo Sanz y Escartín en un mitin celebrado en junio de 1912 en Pamplona contra la blasfemia y el lenguaje infecto; y *En pro de la cultura del lenguaje; lo que nos falta*, por Ivón L'Escop, iniciador y alma de la Lliga. Este folleto, de 16 páginas, se vende en Barcelona en la librería de P. Sanmartí (Caspe, 32) a 6 pesetas el cien y a 57 el millar de ejemplares.

EL DOMINI DE LES TENEBRES, por León Tolstoi, traducción de Juan Puig y Ferrater. — Este drama en cinco actos, interesante y grandioso, de emocionantes situaciones y de vigorosos sentimientos, ha sido correctamente traducido al catalán por el reputado escritor señor Puig y Ferrater. La traducción ha sido impresa en un tomito de 128 páginas que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç» que con tanto éxito se publica en esta ciudad, y se vende a 50 céntimos.

Nunca es fea la mujer
 si su cabello es
 hermoso



A. Ehrmann

Lo mejor para el pelo
PETRÓLEO GAL

BUENOS AIRES. - EXPOSICIÓN PINELO



Orillas del Genil (Palma del Río), cuadro de José Pinelo Llull

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

TARJETAS POSTALES, por *L. Pallarés Arteta*. - Colección de poesías cortas dedicadas a distinguidas damas y en todas las cuales se admiran una bella inspiración y una versificación fá-

cil y armoniosa avalorada por hermosos pensamientos. Las composiciones van reunidas en forma de elegante block de tarjetas postales, que ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Sucesores de Rivadeneira.

EL BRASIL EN 1910, por *Cándido Campos*. - Interesante y completo estudio de la República brasileña en el que después de un capítulo dedicado al Brasil en el siglo XX, considerado

desde un punto de vista general, hay otros especialmente dedicados a la ciudad de Río Janeiro, al trabajo en el Ministerio de Agricultura, a la inmigración y colonización, a la protección a los indios y localización de los trabajadores nacionales, a los ferrocarriles del Brasil y a la situación financiera y movimiento comercial en aquel país. Un tomo de 164 páginas ilustrado con profusión de hermosos grabados, impreso en Río Janeiro en la tipografía del «Jornal do Commercio».

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

COLECCIÓN DE LAS OBRAS MÁS NOTABLES Y MODERNAS QUE SE HAN PUBLICADO SOBRE LA HISTORIA DE FRANCIA, CUYA PROPIEDAD DE TRADUCCIÓN PARA EL IDIOMA ESPAÑOL TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA EDITORIAL

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

- I. HISTORIA GENERAL DE FRANCIA DESDE SU ORIGEN HASTA LA REVOLUCIÓN. - Notable obra que se publica en Francia con extraordinario éxito bajo la dirección del sabio historiador *M. Ernesto Lavisse*, de la Academia Francesa, con la colaboración de los más renombrados catedráticos de las Universidades de Francia.
- II. HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, EL GONSULADO Y EL IMPERIO. - Obras de reconocido mérito escritas por el célebre estadista *M. Adolfo Thiers*, precedidas de un juicio crítico de la *Revolución y sus hombres* por *D. Emilio Castelar*, cuyos originales son de exclusiva propiedad de esta Casa editorial.
- III. LA NUEVA MONARQUÍA (1815-1848) - LA SEGUNDA REPÚBLICA Y EL SEGUNDO IMPERIO. - GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870). Notable obra escrita por *Pierre de la Gorge*, que ha merecido ser premiada por la Academia Francesa.
- IV. LA NUEVA REPÚBLICA. - THIERS, LA COMMUNE, MAC-MAHÓN, GREVVY, CARNOT, PERIER, FAURE, LOUBET. - Obra interesantísima, redactada á vista de los documentos más auténticos y las más completas monografías.

Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros existentes en los Museos de Europa. - Se publica por cuadernos semanales y se vende, completa, en tomos encuadernados. Consta de doce tomos y su valor total es de 227 pesetas pagadas en plazos mensuales.

DARÉ A USTED

50 PESETAS

de sueldo semanal o 50 60 % comisión si acepta usted la representación de mis géneros de aluminio sin competencia. No se necesitan conocimientos del ramo, de modo que cualquiera es apto. Negocio compatible con cualquier otro.

Rodolfo Klöckner, Erbach - Westerstro
(ALEMANIA)

Correspondencia en alemán.

SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS

LISTA DE PRECIOS GRATIS

COMPRA - CAMBIO - VENTA

RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO

HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE

FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

Reino de Sajonia.

Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holz.

Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas.

Secciones espec. p. ingenieros y técnicos.

Laboratorios electrotécnicos y mecánicos.

Talleres para la instrucción práctica.

Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes.

Programa etc. gratis de la secretaria.

HISTORIA GENERAL

DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Gliptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Instituto politécnico

FRANKENHAUSEN (Alemania)

Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.



PERROS DE RAZA

DE TODAS CLASES

Criadero esportico «La Wartburg». Distinguido con más de 200 premios del Estado, diplomas de honor y de clasificación (SIN COMPETENCIA). Lista de precios núm. 26 gratis. Album artistico núm. 26 contra envío de marcos 1,50.

PAUL KOEHLER, OSSMANNSTEDT (Alemania)

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las famas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOËL DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN